Un disparo a la eternidad, pp. 263-270

Multiplicación de los Panes

Nuestra entrega en manos de Cristo.

Nuestro inmenso poder en manos de Cristo.

La multiplicación de los panes es una escena evangélica que está llamada a repetirse continuamente: que se repite sin cesar en el gesto de la muchedumbre y debe repetirse en el gesto del niño que ofrece, y en el gesto de Cristo.

1. La muchedumbre

Me preguntaba hace algunos días un sacerdote:

-¿Cree usted que podrá nuestra Acción Católica organizar un movimiento obrero grande, poderoso tan fuerte como la Confederación de Trabajadores de Chile (C.T.Ch), o como las organizaciones comunistas?

-Ciertamente. Tan pronto se presente Jesús, el Jesús auténtico a esas masas, lo reconocerán e irán a Él. Las masas, sobre todo los pobres, los pobres de los cuales es el Reino de los cielos irán a Él (cf. Mt 5,3).

En vida del Maestro: "Jesús les dijo: Venid a retiraros conmigo a un lugar desierto y reposaréis un poquito". Razón que agrega San Marcos: "Porque eran tantos los que iban y venían que ni aún tiempo de comer les dejaban. Embarcándose, pues, fueron a buscar un lugar desierto para estar allí solos. Mas como al irse los vieron y observaron muchos, de todas las ciudades acudieron por tierra a aquel sitio y llegaron antes que ellos" (Mc 6,31-33).

La muchedumbre que tiene hambre de verdad, de bien. El hombre no es malo, aun los que parecen malos no lo son tanto. ¿Malos, malos? No recuerdo haberlos encontrado. Pero el hombre, sobre todo el que sufre, tiene una inmensa y atormentadora hambre y sed de justicia. Ellos, los que sufren, son tantos los que sufren; son los más; están cansados de la opresión, de la injusticia. Desconfían, recelan; andan buscando un Mesías perpetuamente, alguien que los respete, le devuelva su felicidad. Y ese Mesías que buscan sin cesar, creen encontrarlo en un Lenin, Hitler, Mussolini, camarada tal o cual; y cuando desconfían de todos se vuelven anarquistas: no porque no ambicionen el bien, la paz, la verdad, sino porque desconfían de hallarla. Y no pueden hallarla donde la buscan. Los medios son torcidos: odios, recelos...

Hay uno solo que puede darles la paz y la felicidad: ¡Cristo! "Yo he venido para que tengan vida"; "Camino, Verdad y Vida"; "Venid a mí: mi yugo suave, mi carga ligera"; "Yo haré brotar en vosotros

fuente de aguas vivas hasta la vida eterna"; "Todos los que estáis agobiados y cargados venid a mí que yo aliviaré vuestra carga, porque suave es mi yugo y mi carga ligera", y ese milagro continúa cumpliéndose (Jn 10,10; 14,6; Mt 11,28-29; Jn 7,37-38). No promete que no haya carga, ni cruz: al contrario la pronostica, pero Él la hará suave y ligera.

¿Por qué no siguen a Cristo? Mis queridos jóvenes: no porque no amen al Cristo del Evangelio; no porque desprecien su doctrina, la encuentran demasiado hermosa; un ideal espléndido; no por dificultades de apologética. No van a Cristo porque creen que ese Cristo murió hace muchos años, víctima de los odios farisaicos y no ha resucitado, pues no lo han encontrado jamás viviente en su vida. Porque no han tropezado nunca con un verdadero cristiano. Cristianos de fe desteñida, muchos; pero cristianos estos para los cuales el mensaje de Cristo no encierra ninguna palabra profundamente revolucionaria: Amarás a tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas, y al prójimo como a ti mismo por amor de Dios (cf. Lc 10,27). Esas palabra: toda el alma, toda la mente, todas las fuerzas... como a ti mismo. ¿Son muchos los cristianos que las entienden, que comprenden que no han sido puestas para llenar un hueco oratorio, sino para encerrar una verdad literal? Y si la mayoría de los cristianos no las realiza ¿es mucho de extrañarse que el mundo no busque a Cristo pues lo considera muerto?

2. El gesto de Cristo

Esas palabras que Él había pronunciado, las iba a cumplir Él mismo. Eran para Él un programa real a más no poder: "En desembarcando, vio Jesús la mucha gente y enterneciéronsele con tal vista las entrañas, porque andaban como ovejas sin pastor, y se puso a instruirlos en muchas cosas" (Mc 6,34). La primera actitud del apóstol, a imitación de Cristo, debe ser el amor profundo por las almas. Amor, amor, amor a las almas: que ninguna le sea indiferente.

Cristo, ¡cómo las amó! A los pobres ¡vino a evangelizarlos! Los prefirió, los escogió... A los pecadores: Es el Buen Pastor, sale en busca de la oveja descarriada; pierde por ellas el alimento y se sienta junto al pozo de Jacob, sólo por esperar una de esas ovejas descarriadas: la Samaritana. Y allí están Magdalena, la Adúltera, Zaqueo, Pedro, el Buen Ladrón, la muchedumbre que vocifera al pie de la cruz, para recordar cómo ama a los pecadores. Los enfermos, los hambrientos, los que tenían cualquier dolencia, las víctimas de problema social ¡cómo los instruye, alienta, favorece, y, por encima de todo, cómo se coloca a su lado contra todas las injusticias! Los hombres todos: por ellos vino del cielo, por ellos se cansa, ora en las noches, sufre, y pide gracias, y da palabras, ejemplos, y cuanto tiene.

Dios es amor. Cristo resumió su vida en una palabra: Pasó por el mundo haciendo el bien (Hech 10,38), un bien que no es una altiva caridad tirada al pobre, sino una efusión de un amor que no humilla, sino que comprende, compadece fraternalmente, eleva.

El gesto de Cristo es gesto de respeto, de comprensión, de compenetración afectiva con la masa doliente, de sentirse uno de ellos y de cargarse con todo su ser del lado de los que sufren, y de poner

toda su palabra, su poder, su influencia del lado de ellos. Sin desconocer los derechos de la fortuna, de la autoridad, se puso entero del lado de la inmensa masa doliente: se identificó con el proletariado que sufre, sin que por eso despreciara al que tiene y al que goza.

Nosotros en cambio, ¿no estaremos haciendo una combinación artificial, para tranquilizar nuestras conciencias, de Dios y mundo, de pobreza en palabras e injusto dinero en el afecto? ¿No estaremos evacuando al cristianismo de su sentido auténtico? Demasiada alianza de una vida mundana, perfectamente pagana, con una vida que aspira a ser cristiana.

El cristianismo sólo puede imponerse en el mundo por el testimonio siempre presente de Cristo: por el Cristo siempre vivo, un Cristo del siglo XX, substancialmente el mismo que el del siglo I, que a pesar de las deficiencias humanas, debilidades, incluso pecados nuestros, muestre con todo, ante el mundo de hoy, los rasgos sustanciales de Jesús, sobre todo su inmensa caridad y amor... Si esa imagen no llega a ser reconocida, las gentes se irán alejando insensiblemente de Él.

Ahora bien con sinceridad ¿reflejamos nosotros la bondad, caridad, amor de Cristo? Tal vez nos hemos forjado otro Cristo: un Cristo puritano que no roba, no mata, no miente, pero tampoco ama. Que no hace obras malas, pero tampoco hace obras buenas. Este no es el Cristo Salvador: este será un filósofo: no es Jesús, no es el Mesías de palabras de vida eterna.

No miremos en torno nuestro con exceso para ver si las costumbres cristianas reflejan la vida de Cristo: ¡¡es demasiado evidente que no!! Todos lo afirman. Esa civilización que está muriendo en la guerra de hoy, tiene valores cristianos, pero no puede llamarse una civilización cristiana.

No miremos a los otros, miremos a nosotros mismos. "No me elegistéis vosotros, sino que yo os elegí" (Jn 15,16). Él nos ha elegido: somos su raza selecta, su pueblo escogido. Nosotros, la Acción Católica. Dirigentes de Acción Católica, Servicio de Cristo Rey, tenemos esta especial misión en el siglo de hoy: dar testimonio viviente de Cristo por toda nuestra vida, pero sobre todo por nuestro inmenso amor a nuestros hermanos: por nuestra mirada de compasión honda ante sus males.

¡1.400.000.000 no lo conocen! ¡Pueblos en guerra! Inmoralidades; matrimonios deshechos; ignorancia; vicios que se enseñorean; su corazón amargado... Pongamos nuestro corazón en el Corazón de Cristo para que Él nos inflame, nos encienda en sus mismos sentimientos: éste será el fruto que irá produciéndose mediante la comunión diaria, la Misa bien oída, la Palabra meditada del Evangelio, el examen de conciencia a la luz de Cristo, para ver si pienso como Él, si hago lo que Él: ¿Qué haría Él en mi lugar? Esto es lo primero. Un hombre de nuestro siglo y de nuestra América, chistoso, jovial, tandero dio su vida.

3. El gesto de los Apóstoles

Se compadece el Maestro y su compasión no quiere reducirla a estériles palabras: quiere aliviar su hambre... Los Apóstoles con mirada terrena le sugieren que los mande cambiar, para que se vayan a los pueblos. La mirada de los Apóstoles tiene tanto de la nuestra: cuando se acercan las madres con

sus niños, las rechazan; cuando la Cananea sigue a Jesús, la apartan de Él; cuando tienen hambre las turbas, su mirada terrena no alcanza más que a decirle a Jesús: ¡despídelos, que se las arreglen!

Cristo quiere ayudarlos en su aflicción, pero como siempre buscó la colaboración humana. ¿Cómo daremos de comer a toda la muchedumbre? ¡Qué cosa tan imposible la que pide Cristo! Felipe toma la palabra: Imposible, Señor, 200 denarios no bastarían para dar un bocado. Pero esos 200 denarios comienzo por no tenerlos, y si los tuvieran no bastarían... Somos pobres, no tenemos el poder, los sindicatos están en otras manos, los diarios que circulan más son de otras tendencias, el Gobierno no nos apoya; dinero nos falta... ¿Qué podemos hacer? ¡Cuántas veces nos desalentamos en este inmenso desierto en que estamos luchando... Un 10% de la población que va a Misa, sindicatos laicos, prensa adversa, biógrafos inmorales, prostíbulos... ¿Cómo dar un poquito de Cristo a las almas? ¡¡Imposible!! es lo que en el fondo de nuestras almas estamos pensando... Imposible la regeneración. Confesémoslo abiertamente. No tenemos fe alguna en el triunfo. Luchamos por una causa que lleva a la nada; nos casamos con una muerta ¡y qué triste es casarse con una muerta!, o al menos con una pobre agonizante. ¿Es éste nuestro estado de espíritu? ¡¡Mirémoslo bien de frente!!

4. El gesto del niño

Y ahora que todas las riquezas del mundo han sido demostradas inútiles, se llega a Cristo un pobre chiquillo y le dice: "Yo tengo algo que ofrecerte y te lo ofrezco". ¿Previó las consecuencias de su acto? Parece poco probable. Sin duda pensó que si todos hicieran lo mismo, las cosas irían harto mejor. Hizo lo que tenía que hacer sin preocuparse si los demás lo imitarían, y qué irían a pensar de él. Se dirige a Jesús, y nunca hemos visto que Jesús haya rechazado nada de lo que se le ha ofrecido. Para saciar a todo ese pueblo, Jesús esperaba el gesto de abnegación de este niño. Si en toda la muchedumbre no se hubiese encontrado el niño providencial ¿qué habría sucedido? ¿Si no hubiera habido alguien que aceptara sacrificarse y ofrecer su modesta provisión, por pequeña e infeliz que parezca, qué habría pasado? Recordemos que el Evangelio nos dice que en otro lugar Jesús no hizo milagros "por su falta de fe" (Mc 6,5-6), porque no halló al niño generoso.

Jesús parece que no quiere obrar en el mundo sino mediante la colaboración de los hombres. Todos nosotros somos hombres providenciales en la inmensa obra de Dios sobre la tierra; todos tenemos algo que hacer y sobre cada uno de nosotros se fija la mirada escrutadora de Cristo, ansiosa de recibir una respuesta. ¿Qué nos pide? Poca cosa, porque no somos ricos, pero, sin embargo, todo. Te lo he dado todo, te lo pido todo. Y no hay que disimularse que si rehusamos dar a Dios lo que nos pide, lo que podemos darle y solamente nosotros podemos darle, lo que nadie puede darle en nuestro lugar, hay algo de irremediablemente perdido no solamente para nosotros sino también para los demás: hemos -en cierta manera- hecho fracasar el plan de Dios.

Nuestra vida es grande a la luz del Evangelio: nada es pequeño en ella, nada insignificante, porque todo puede ser el objeto de la bendición divina, y nuestra pequeña limosna puede ser tan grande, con

esa bendición, que sea capaz de alimentar el mundo.

Este gesto del niño debe ser nuestro gesto: Somos pequeños como él, cierto, pero todos los movimientos de Dios comienzan valiéndose de seres pequeños e insignificantes. Moisés, el niño a punto de ahogarse en las aguas del Nilo... Saúl, el campesino que va en busca de sus burras; David, el pastorcito de ganados; José, el pobre carpintero; María, la virgencita modesta y humilde de cortos años y de vida escondida; los apóstoles, pobres pescadores.

Ha habido momentos formidables en la historia del mundo, y el catolicismo los ha orillado magníficamente, sirviéndose Dios para ello de pobres instrumentos humanos. La conversión del mundo pagano, por los Apóstoles. A la salida de la invasión de los Bárbaros, los modestos monjes que restablecen la civilización... La época orgullosa del Renacimiento de honda corrupción, mediante hombres como Ignacio de Loyola, un capitán de ejército, bastante ignorante... Francisco Javier; Felipe Neri; Camilo de Lellis, soldado jugador... Juana de Arco, Genoveva, Margarita de Alacoque, el santo Cura de Ars, ¡el renacimiento espiritual que han operado!

En las misiones Lievens, hijo de un pastor flamenco, 47.000 hindúes, en 7 años; Damián de Veuster, en Molokai; el hermanito que evangelizó Isla de Pascua. La JOC, obra de Cardijn y de un modesto grupito; el Renacimiento del Politécnico de París, obra de Puepy Grirard y de 4 jóvenes, como cualquiera de nuestros buenos universitarios.

¡Que no haya, pues, nunca una dificultad de achicarme ante la empresa, pensando que es demasiado grande!. Dios ha creado este mundo para salvarlo por los hombres semejantes a mí: lo que falta es generosidad.

Que no piense tampoco que las otras juventudes: comunista, nacista, tienen virtudes que no tiene la nuestra: que ellas son capaces de producir líderes y nosotros, no. No; nosotros tenemos una juventud aún en lo humano inmensamente superior: más desinteresada, más pura, más formada, con más disciplina moral. Ya veremos qué es lo que le falta; y además de todas esas cualidades: Cristo con nosotros.

Con Cristo, todo. El millonificador de nuestras energías: Él nos da la gracia de hacer lo que a las fuerzas humanas es imposible hacer. Pasamos a ser hijos de Dios y capaces de operar la conversión de las almas, que es imposible a las solas fuerzas humanas.

Lo que nos falta es entrega, generosidad, sacrificio: y todo esto fundado en la fe. Los otros movimientos tienen a su favor la atracción sensible, el brillo de gestos humanos, la conquista del poder, y por eso atraen, y arrancan sacrificios.

Nuestro movimiento no tiene nada de brillo externo: va contra la corriente de las pasiones, que atraen como fuerza de gravedad hacia abajo, va contra todo nuestro orgullo y nos pide humildad, contra nuestra pereza y nos pide sacrificio, contra la fiebre del lujo y nos pide modestia y mansedumbre. Y todo esto en nombre de Cristo: sólo se puede por tanto dar cuando Cristo es para nosotros la primera gran realidad viviente por una vida sobrenatural profunda.

Y si este movimiento no se realiza todos los otros movimientos están condenados al fracaso: la política será demagogia y dictadura; la solución social será anárquica y despótica, porque será el triunfo de una de las dos dictaduras, la de la masa concupiscente, o la de una oligarquía gozadora: Sólo la fe en Cristo dará caridad, comprensión, espíritu sobrenatural.

Conclusión

Entrega, entrega entera y total en manos de Cristo para que Él se sirva de nosotros. Que cada uno no se preste, se dé a su movimiento; ocupe su puesto con fe entera y consagración total. El movimiento será lo que seamos nosotros; y nosotros debemos ser Cristo: como el barro para curar al sordo mudo; como la gota de agua que se echa al cáliz y se transubstancia, porque consiente en perderse y es divina; como el pan que alimentó a la inmensa muchedumbre.

Tengamos fe: nosotros trabajamos para cuando Dios quiera, pero de nuestro esfuerzo saldrá un mundo mejor.